

HOMBRE LOBO

EL EXILIO

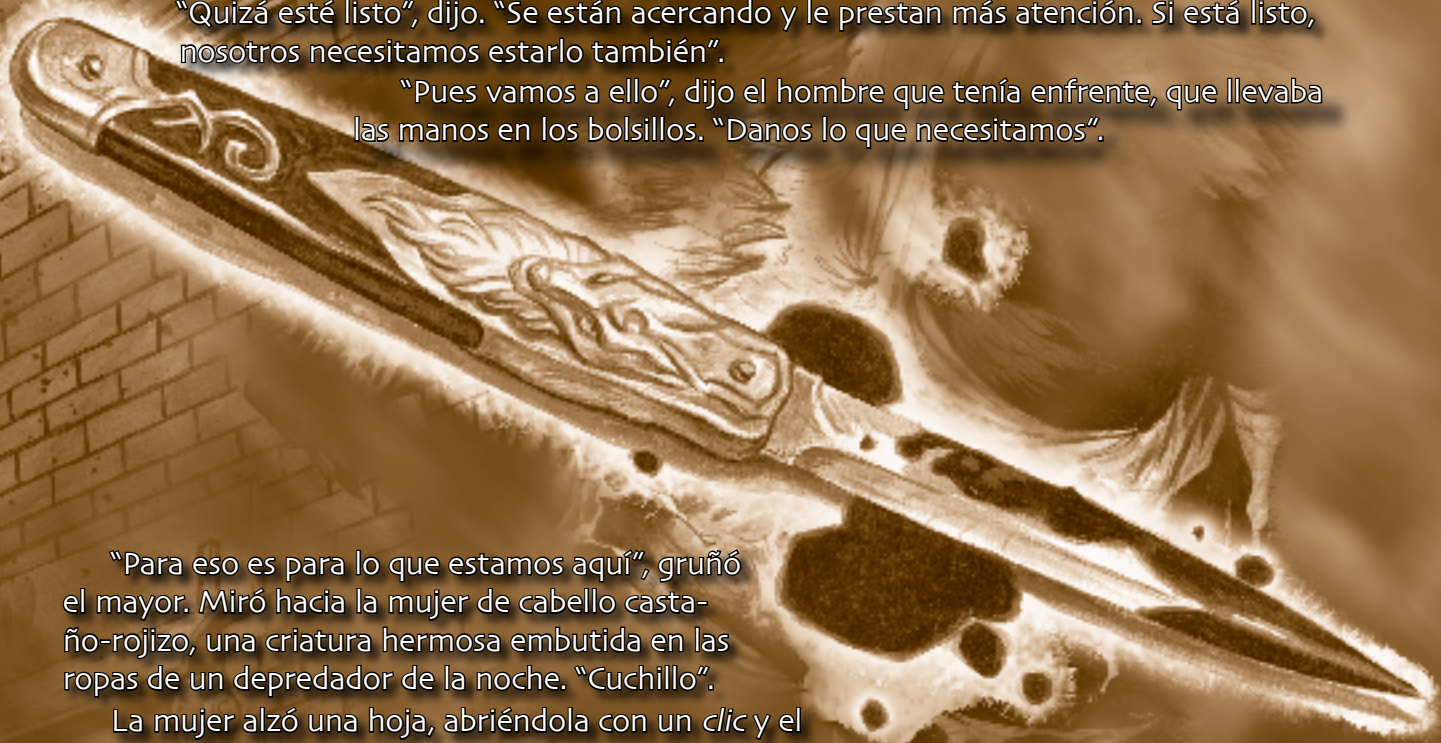
UN JUEGO NARRATIVO
DE FURIA SALVAJE

HOMBRE LOBO CREADO POR MARK REIN•HAGEN

PROLOGO: CARNE FRESCA

Cuatro personas que no eran humanas formaban un círculo en un sótano de ladrillos, enterrado en el mismo corazón de la ciudad. Se habían congregado alrededor de un cuenco de piedra e incrustaciones de madreperla, que a su vez descansaba sobre un pedestal de acero forjado. Del agua cristalina del cuenco surgía un fuego azul que bailaba sobre la superficie, bañando las caras de los presentes con una luz extraña, antinatural. Cada uno de ellos introdujo un dedo en el agua y a continuación humedecieron su frente con ella, antes de que el mayor entre ellos hablase.



A pocket knife with a skull on its handle and a glowing blade. The knife is positioned diagonally across the frame. The handle is dark with a light-colored skull design. The blade is long and thin, with a bright, ethereal glow emanating from it. The background is a textured, brick-like surface with a warm, golden-brown color palette.

“Quizá esté listo”, dijo. “Se están acercando y le prestan más atención. Si está listo, nosotros necesitamos estarlo también”.

“Pues vamos a ello”, dijo el hombre que tenía enfrente, que llevaba las manos en los bolsillos. “Danos lo que necesitamos”.

“Para eso es para lo que estamos aquí”, gruñó el mayor. Miró hacia la mujer de cabello castaño-rojizo, una criatura hermosa embutida en las ropas de un depredador de la noche. “Cuchillo”.

La mujer alzó una hoja, abriéndola con un *clic* y el mayor la tomó. Sostuvo el cuchillo sobre el fuego azul durante un momento, mientras inspeccionaba su filo; luego abrió su boca al completo. En un movimiento rápido cortó su lengua, para después presionar la parte plana de la navaja sobre la sangre que manaba del corte. A continuación se la ofreció a la mujer. Sus fosas nasales se abrieron en respuesta al olor de la sangre. Tocó su lengua con el fluido carmesí y luego se lo pasó a la siguiente persona del círculo. En un instante, todos habían realizado la misma operación, y el mayor de ellos sostenía de nuevo el cuchillo. Limpió la hoja en la manga de su chaqueta antes de cerrarlo y devolvérselo a su propietario.

“Ahora sabéis lo que sé”, aseguró, mientras los miraba de hito en hito. “Adelante”.

Debería salir de aquí, pensaba Marc, a la vez que contemplaba la oscuridad que giraba sin pausa a través de la ventana del vagón de metro. El rítmico traqueteo del vagón vacío le había dejado casi dormido, y en ese estado solía descorrerse la cortina que le cegaba y veía lo infeliz que era viviendo en la ciudad. No había nada específico acerca de lo que quejarse: tenía un trabajo seguro, citas regulares, nunca le habían atracado... pero aun así, estaba lejos del hogar, no tenía auténticos amigos, y las cosas se habían vuelto algo extrañas en los últimos días. Se rascó el vendaje de la mano; vendaje que había necesitado después de que algo asustase a su perro, se abalanzara sobre él mismo y tomara un trozo de recuerdo de su mano, antes de irse. El médico le había dicho que no tenía la rabia ni ninguna clase de infección, pero que a pesar de todo era algo extrañísimo, algo que no solía suceder en los parques de la ciudad. Y desde entonces había visto cosas. Cosas que le hacían preguntarse si tal vez esta vida era un sueño del que necesitaba despertarse. Cosas en las que no le gustaba pensar.

Cuando el metro se detuvo, Marc se levantó y se dirigió hacia la puerta, solo para encontrarse con una mujer en su camino. Parecía tan sorprendida como él, pero las aletas de su nariz vibraron levemente y una luz brilló, de improviso, en sus ojos. La mujer le sonrió, y

Marc le devolvió la cortesía. No podía dejar de mirarla: sus ojos recorrían cada centímetro de su cuerpo, firme y pequeño. No tenía ni un gramo de grasa y vestía con ropa que dejaba poco a la imaginación. Marc miró de nuevo a su cara, tratando de no mostrarse avergonzado, y ella le ofreció una sonrisa de reconocimiento. Caminó hacia la puerta del vagón, sin apartar los ojos de los suyos, y lo hizo de tal manera que Marc tuvo que escurrirse a un lado para dejarla pasar. Pensando en una película que había visto de pequeño, *Historias del metro*, Marc salió del tren y siguió su camino. Cuando estaba a mitad de recorrido de la puerta que conducía a la superficie, miró atrás y comprobó que la mujer seguía allí, contemplándolo.

A la siguiente noche, la mujer ya estaba en el metro cuando Marc se subió. Estaba sentada junto a un hombre alto, y de hombros anchos que vestía un abrigo largo y negro y que lucía un pelo frondoso, negro como ala de cuervo. El hombre le dedicó una mirada de desprecio, pero la mujer le sonrió de la misma forma familiar que la última vez, y le susurró algo a su acompañante. Marc le sonrió a su vez, aunque con algo de incomodidad, y se sentó lo más cerca que pudo de la puerta. Abrió su maletín y aparentó estar absorto en sus asuntos.

El tren continuó su camino y Marc se sumió en un desagradable silencio hasta su parada. La mujer resultaba inquietante a pesar de su belleza, y el otro no servía en absoluto para calmar los resquemores de Marc. Continuaron mirándolo de tal forma que aunque Marc no alzara la cabeza, era consciente de ello. Cuando el tren se detuvo, Marc agarró sus cosas y se dirigió a la salida. El hombre y la mujer se levantaron también y Marc les oyó seguirle por la puerta. Sus pisadas resonaban sobre el suelo de cemento, lo que aumentó aún más la desazón de Marc. Se apresuró en alcanzar la puerta, decidido a no mirar atrás.



“¿Tienes prisa?”, dijo la mujer, sonriendo mientras pronunciaba las palabras. “Espera un momento ¿vale?”.

El corazón de Marc galopó, y todo lo que hizo fue pretender que no había escuchado nada.

“Esto es una estupidez”, oyó decir al hombre alto. “Marc, ven aquí”.

El vendaje de la mano, que se había comenzado a soltar, lo había terminado por hacer del todo. No llevaba mucho tiempo en la ciudad, pero sabía que cuando los extraños conocen tu nombre, y te siguen por un andén de metro vacío, no te paras a hablar con ellos. Atravesó de un empujón el tornillo (que iba desde el suelo al techo) y lo atascó con su maletín para que no pudiera girar más. Sorprendido a la par que molesto, el hombre hispano corrió hacia la puerta y trató de forzarla; luego introdujo la mano a su través y trató de agarrar el abrigo de Marc. Al comprobar que estaba fuera de su alcance, asió las barras con ambas manos y comenzó a sacudirlas, en un esfuerzo por desatrarcar la puerta. Aturdido por un momento, Marc reparó en un brillo metálico que provenía del interior del abrigo del hombre, cerca del cinturón.

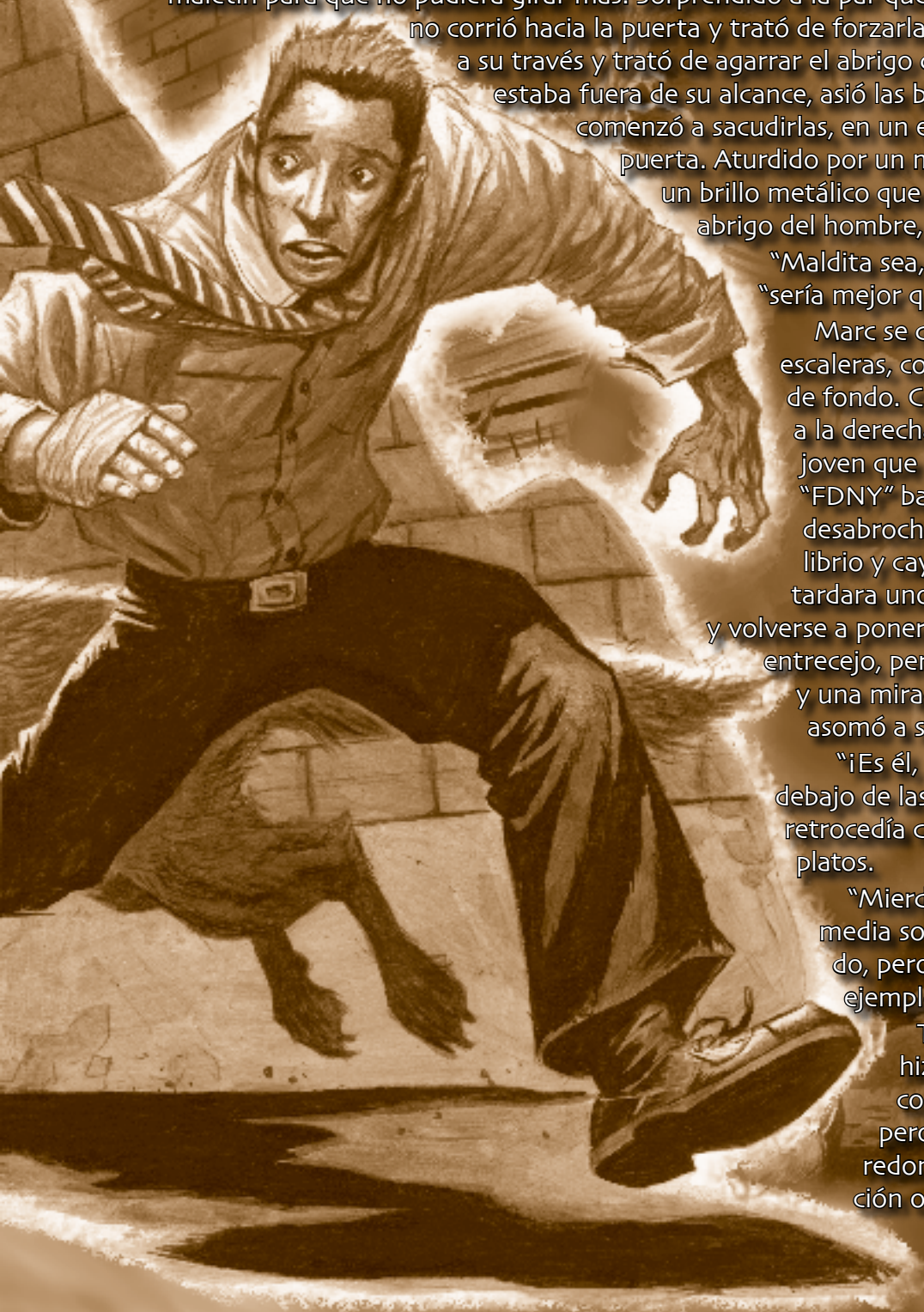
“Maldita sea, Marc”, gruñó el extraño, “sería mejor que...”.

Marc se dio la vuelta y huyó por las escaleras, con las carcajadas de la mujer de fondo. Cuando llegó a la calle, giró a la derecha y tropezó con un chaval joven que llevaba una camiseta de “FDNY” bajo una camisa de franela desabrochada. El chico perdió el equilibrio y cayó, lo que hizo que Marc tardara unos segundos en recuperarse y volverse a poner en pie. El chico frunció el entrecejo, pero luego aspiró con fuerza y una mirada de reconocimiento se asomó a sus ojos.

“¡Es él, idiota!”, gritó el tipo desde debajo de las escaleras, mientras Marc retrocedía con los ojos abiertos como platos.

“Mierda”, dijo el chaval, con una media sonrisa. “El olor es el adecuado, pero... supongo que sigues el ejemplo de tu madre”.

Tan extraña aseveración hizo que la cabeza de Marc comenzara a dar vueltas, pero no lo paralizó. Se giró en redondo y se dirigió en la dirección opuesta. Al mismo tiempo,



más o menos, oyó algo, mezcla de una maldición y un gruñido, seguido del sonido del metal retorciéndose. Luego, el ruido de pisadas subiendo las escaleras, que subió de intensidad cuando alguien más se unió al grupo. Marc siguió por la calle a toda velocidad, para luego girar a la izquierda en el primer callejón que pudo encontrar; su mente bullía de terror primario. Parte de él casi se rinde cuando vio que el callejón no tenía salida, pero esa parte no tenía el control. Pensando a duras penas, trepó ayudándose de un contenedor cercano, encaramándose a la verja para sobrepasarla. Rasgó sus pantalones y aterrizó con brusquedad; se hizo daño en la rodilla además de perder el resuello. Se levantó en lo que pareció una eternidad, pero la gente que le perseguía acababa de llegar al callejón donde estaba.

“¡Vuelve aquí antes de que me hagas enfadar!”, gritó el tipo grande.

Marc decidió no obedecer y, en lugar de girar de nuevo a la izquierda, retrocedió hasta el aparcamiento donde su coche aguardaba. Trató de ignorar los sonidos de la persecución, pero resultó más complicado de lo que esperaba cuando las pisadas se detuvieron por un largo momento, se siguieron de unos golpetazos carnosos, y luego volvieron a reanudarse. Sus perseguidores se estaban acercando, y habían pasado por la verja sin tocarla ni a ella ni al contenedor. Cayeron con suavidad y con un ruido de arañazos. Y ahora iban mucho más rápido.

Del fondo de la garganta de Marc emergió un gemido, y trató de ganar velocidad, pero ya era tarde. Algo pequeño y negro entró en su visión periférica a su izquierda y arañó su muslo, haciéndole pegar un brinco. Algo más (algo lustroso y de color castaño-rojizo, como el pelo de la mujer del metro) llegó por la derecha y le desgarró el zapato. Eso le obligó a caer sobre las rodillas, y un impacto en su espalda le dobló sobre su estómago, antes de que lo que sea que le había golpeado lo lanzara en otra dirección. Quedó atontado hasta

que una fuerte patada alcanzó su costado, haciéndole aterrizar entre algunos contenedores cerca de la pared.

Se golpeó contra el suelo, y desde allí vio al hispano mirándolo encolerizado, solo que no parecía el mismo. Daba la impresión de ser aún más grande que la última vez, y su cara se le antojó más bestial y angulosa que bajo las luces fluorescentes. Ahora tenía unas patillas enormes y su mandíbula abultada a causa de unos dientes de tamaño descomunal; sus ojos reflejaban un amarillo desvaído. Se acercó a Marc con una mueca en su rostro, seguido de un lobo de color castaño-rojizo, que mostraba sus colmillos y tenía la cola erizada.

Las costillas, rodilla y mano vendada de Marc, ardían y su corazón martilleaba con fuerza, pero ya no tenía miedo. De hecho, una pequeña parte de él se maravilló al darse cuenta de que se estaba

ENFADANDO.

Sus dientes rechinaban, y agarraba con tanta fuerza sus manos que estaban poniéndose blancas. El sonido de *tambores resonando en su cabeza, y un velo de rojo que lo rodeaba todo* cubría su vista.

¿Cómo se atrevían a hacerle esto?

Ni siquiera los conocía.

“Maldita sea, tío”, gruñó el hombre alto mientras extraía algo grande y metálico de debajo de su abrigo. “Solo queremos hablar. Ahora tal vez te enseñe una lección sobre...”.

El cuerpo de Marc ardía, como si acabara de tomar un baño de lana de acero. El trueno rugió en sus oídos, el sonido de su corazón en su intento por explotar. La luz de la luna a través de las nubes sucias quemaba sus ojos. En el fondo de la boca sentía una

RABIA

eléctrica, más antigua que la humanidad misma. No era solo ira, sino que se trataba de algo

MÁS FUERTE Y MÁS PODEROSO.



AL SENTIR ESE INCREÍBLE PODER Y ACEPTARLO

se abrió el último sello que mantenía bajo control a Marc, y **HABÍA ALGO EN SU INTERIOR QUE BULLÍA, DESEOSO DE SALIR.**

Era como si hubiera sido alcanzado por un relámpago, y el rayo se retorciera alrededor de su corazón.

SU SANGRE SE CONVIRTIO EN VAPOR...

SU PIEL SE RASGÓ Y COMENZÓ A ARDER DE DENTRO AFUERA...

SUS DIENTES SE DILATARON Y CRECIERON,

FORZANDO SUS MANDIBULAS...

SUS ROPAS LE CONSTRENIAN, Y SE DESHICIERON A LA PAR QUE SU CUERPO LAS DESTRUÍA...

Entonces hizo un sonido que nunca había oído antes, excepto por algunas imitaciones baratas en películas. Un sonido inhumano, lleno de **RABIA** y alivio, y un susurro anhelante. Un **AULLIDO** auténtico, y se sintió como si pudiera recorrer el mundo entero sin pararse a descansar.

El hombre grande se calló y retrocedió, y el lobo castaño se encogió; su cola ya no estaba erizada. Ambos parecían más pequeños... tan débiles. Había miedo en sus ojos y en su olor también, y cuando Marc reparó en ello, supo por instinto que todo lo que tenía que hacer es irse y estaría a salvo de ellos.

ASI QVE TO #IZO...

VSVSVS



